

Sesión necrológica

En memoria del Ilmo. Sr. Dr.D. Carlos Barcia Mariño

Celebrada el 10 de febrero de 2015

*Luis Franco Vera**

Académico de Número de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCELENTÍSIMO SR. PRESIDENTE,
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORAS Y SEÑORES ACADÉMICOS,
QUERIDOS FAMILIARES, COMPAÑEROS Y AMIGOS DEL DOCTOR CARLOS
BARCIA MARIÑO,
SEÑORAS Y SEÑORES, AMIGOS TODOS:

El Excelentísimo Señor Presidente de la Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana me ha designado para llevar la voz de la Academia en este acto en memoria de nuestro compañero el Dr. Carlos Barcia Mariño, que en paz descansa. Tradicionalmente recibe el nombre de *laudatio* la alocución que en estos momentos me dispongo a comenzar. Entre los romanos, la *laudatio funebris* era una parte esencial de toda ceremonia funeraria y tanto la Historia como la Literatura nos han legado piezas maestras en este sentido. Vienen a mi memoria la famosa *Laudatio Turiae*, epitafio del que tan contundente testimonio arqueológico se conserva, y el discurso que William Shakespeare, en su obra Julio César pone en boca de Marco Antonio en el funeral de César. La *Laudatio Turiae* es un emocionante canto a la fidelidad y a las virtudes de una gran mujer, redactado por su marido. El discurso de Antonio, pieza maestra de la oratoria, es una muestra de amistad, no exenta de la búsqueda de otros intereses, que con su dialéctico y reiterativo recurso a la honorabilidad de Bruto, acaba cambiando la actitud del auditorio.

Quisiera yo que mi *laudatio* se pareciera a la de Turia en cuanto que señale las virtudes y la fidelidad de un hombre excepcional y que, despojado de todo posible interés y de vanos recursos dialécticos, acabe

también, como el discurso de Marco Antonio, produciendo un cambio en los asistentes a este acto. Un cambio cuantitativo, porque todos conocen de sobra las cualidades de nuestro compañero, pero deseo firmemente que salgan todos de esta Aula Magna con un renovado afecto y admiración por el Dr. Barcia. Por supuesto, también deseo que mi alocución exprese, como el discurso de Antonio, mi amistad hacia Carlos Barcia. Sí, Señoras y Señores Académicos, familiares y amigos, porque estoy convencido de que mi designación para ocupar hoy esta tribuna se debe exclusivamente al hecho de ser, de entre los componentes de esta Ilustre Corporación, aquel cuya amistad con Carlos Barcia data de más antiguo.

Corría el año 1950 cuando coincidimos por primera vez en el Colegio de la Sagrada Familia de Madrid. Siguiendo una costumbre, relativamente habitual en aquellos tiempos, ambos aprendimos en nuestras casas las primeras letras y, como se decía entonces, las cuatro reglas, y nos incorporamos tarde al colegio, en el que fuimos condiscípulos en un año de educación primaria, en el curso de ingreso y a lo largo de todo el Bachillerato, de aquel Bachillerato de 6 años, con dos reválidas, a los que se añadía el curso Preuniversitario. Durante casi 10 años compartimos ilusiones juveniles, ansias de aprender, juegos en los recreos y toda esa multitud de pequeñas realidades que constituyen la vida de quienes que van pasando de la niñez a la adolescencia y a la juventud, a la vez que van abriendo su alma a los grandes ideales. A Carlos le asombraba tener un compañero, cuyo apellido coincidiera con el del entonces Jefe del Estado y cuyo padre, además, fuera militar, pues tal era la profesión del mío. A mí, que me crie prácticamente como hijo único, pues mis hermanos del primer matrimonio de mi padre eran mucho mayores que yo, me asombraba tener un compañero que a la salida o entrada del colegio apareciera acompañado de varios hermanos. Recuerdo especialmente a Juan, porque Carlos y él vestían habitualmente igual.

Y es que la familia de Carlos era una familia numerosa, como es tradición entre muchos de los Barcia. Sus padres, Carlos Barcia Goyanes y Rosario Mariño Caruncho tuvieron 10 hijos, con un empate, como diríamos en términos deportivos, entre varones y mujeres. Esa tradición la han continuado Carlos Barcia y Matilde, Matiti, su mujer, que tienen 9 hijos, aunque en su caso, por seguir con el símil deportivo, los hombres

ganan por amplia goleada. Su tío Juan José, a quien es absolutamente ocioso presentar ante este auditorio, fue una excepción, pues solo tuvo dos hijos. Pero, además de lo numeroso de las familias, hay otras tradiciones entre los Barcia y una muy importante para señalar en esta sede es su amor a la Medicina, que ha hecho que la vocación médica prendiera en muchos miembros de la familia. El primero del que se tiene constancia es el Dr. D. Juan Ramón de Barcia y Ávila-Lacueva, primer Vicepresidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Galicia y Asturias y destacado médico militar durante la Guerra de la Independencia. El Dr. D. Juan Ramón de Barcia y Nalda, hijo del anterior, dedicó su quehacer profesional a la Psiquiatría, encauzando el rumbo de los Barcia hacia las Neurociencias, rumbo que, con la excepción del pediatra Dr. D. Juan Barcia Eleicegui, abuelo de Carlos, continuarían D. Juan José Barcia Goyanes, sus hijos Juan Luis y Demetrio, su nieto el Dr. Barcia Albacar y el propio Carlos. La vocación médica, aunque en otras especialidades, se extendió también a otros miembros de la familia, como el traumatólogo Dr. Santiago Barcia Pujol, el cirujano José Goyanes Capdevila, miembro de número de la Real Academia Nacional de Medicina, y el Catedrático de Anatomía Patológica Dr. Vicente Goyanes Cedrón.

¿Cómo prendió en Carlos la vocación médica? Su padre no había seguido esos derroteros y se inclinó por la Química. Pero parece que la influencia de su tío, D. Juan José, fue decisiva. Según narraban sus familiares, cuando Carlos aún no había comenzado su etapa escolar, era frecuente que, en alguno de sus viajes a Madrid, el Prof. Barcia Goyanes sentara a su sobrino en sus rodillas y le dijera: “Tú, cuando seas mayor, te vendrás a estudiar Medicina a Valencia”. Por alguna razón, el pequeño Carlos protestaba, pero, fuera por la insistencia de su tío, fuera porque la atracción hacia la Medicina –¿genética tal vez?– hiciera germinar en él otros ideales, el hecho es que acabando el Bachillerato ya tenía tomada su decisión: vino a Valencia a estudiar Medicina, aunque no olvidó su Madrid natal. Buenas razones tenía para ello, ya que, además de seguir siendo la residencia de sus padres, en Madrid vivía Matiti, a quien los compañeros de Carlos en la Facultad Medicina recuerdan como su “eterna novia”. Ese desplazamiento de Carlos a Valencia supuso una pérdida temporal de mi contacto con él, que no se reanudó hasta mi incorporación años más tarde

a la Cátedra de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad de Valencia. Con todo, no perdí el contacto con la familia Barcia, puesto que en mis estudios de Ciencias Químicas en la Universidad Complutense tuve el honor de tener como Profesor de Química Analítica Cuantitativa al Dr. Carlos Barcia Goyanes, cuya dedicación a la enseñanza le valió la distinción de la medalla de oro de la Universidad Complutense.

Carlos estudió la carrera de Medicina entre 1958 y 1964, obteniendo 16 matrículas de honor y 12 sobresalientes. Siguió a continuación una larga serie de logros profesionales, pero no quiero abusar de su paciencia repitiendo datos que muchos de ustedes conocen y todos pueden cotejar en la página web de esta Real Academia. Baste decir que recorrió todos los escalones de la carrera médica, hasta llegar a ser Jefe del Servicio de Neurocirugía del Hospital General Universitario de Valencia. Seguramente, quienes prosigan en el uso de la palabra en este acto se referirán, con mucha más autoridad de la que yo pudiera aportar, al significado científico y profesional de esos logros. Pero no quisiera dejar de comentar un dato: el Dr. Carlos Barcia pasó a lo largo de su carrera profesional por todas las especialidades de las Neurociencias: Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía, especialidades que, en la década de 1970 pertenecían a un mismo servicio en el Hospital General. Más adelante tendré ocasión de referirme a una importante consecuencia de este hecho.

Decía al principio que querría que mi *laudatio* recordara a la famosa *laudatio Turiae* por su referencia a la fidelidad de Carlos Barcia. La fidelidad a su vocación médica no puede quedar totalmente recogida por los datos escuetos de un *curriculum vitae* que, nos muestra, eso sí, una continuidad profesional ascendente, indicativa de su valía profesional. El Diccionario de la Real Academia Española recoge dos acepciones para el lema fidelidad. La primera es: “Lealtad, observancia de la fe que alguien debe a otra persona”; la segunda: “Puntualidad, exactitud en la ejecución de algo”. Ambas califican perfectamente la actitud de Carlos con respecto a la Medicina. Porque el médico no trata con ideas abstractas, sino con pacientes, con personas, a quienes debe esa lealtad a la que alude la primera acepción. Y la lealtad de Carlos con sus pacientes era proverbial. En opinión de algunos de sus compañeros fue precisamente ese recorrido por la Neurología y, especialmente, por la Psiquiatría, lo que ensanchó su

manera de mirar al enfermo y a interesarse, por ejemplo, ante un paciente anestesiado en la mesa de operaciones, por la persona humana que dignificaba ese cuerpo inconsciente que había de manipular.

Lealtad con los pacientes que le llevaba a preocuparse por ellos mucho más de lo que sus estrictas obligaciones prescribían. ¡Cuántos domingos, antes de salir con su familia de excursión al campo –una de las grandes aficiones de Carlos–, pasaba por el hospital para visitar a un recién operado, sin delegar esa visita en los médicos de guardia! Hasta tal punto es así, que era tradicional en la familia, cuando su mujer y todos sus hijos se embarcaban un domingo en el viejo Simca para salir al campo, que alguno de los chicos preguntara: “Papá, ¿por qué hospital vamos a pasar hoy?” Lealtad con los pacientes, que también le llevaba a no tirar la toalla ante los casos difíciles. Recuerda el Dr. Joanes, uno de sus colaboradores, cómo nunca se daba por vencido ante un aparente fracaso y cómo continuaba luchando con tesón, poniendo todos los medios para llegar hasta el final en su deseo de salvar al enfermo. Como destacaba el obituario publicado por la Sociedad Española de Neurocirugía a raíz de su fallecimiento, Carlos Barcia mostró su «dedicación y perseverancia incluso en casos extremos o sin una solución clara. Su múltiple conocimiento en las especialidades neurológicas le permitía ofrecer a dichos pacientes tratamientos complejos».

Consecuencia de esa dedicación a sus pacientes era el cariño que estos le mostraban, aún años después de haber sido tratados. Sabedor de la afición de Carlos por la caza, hubo algún paciente que, con el máximo respeto, le invitó a compartir con él una jornada cinegética, invitación a la que el Dr. Barcia supo corresponder agradecido sin importarle la diferencia social con el paciente.

Y si acudimos a la segunda de las acepciones de fidelidad, que alude, como hemos visto, a la exactitud en la ejecución de una tarea, hay que concluir que también por ella le cuadra a Carlos el calificativo de fiel. Ante una de esas intervenciones difíciles, que se presentan en la carrera de todo cirujano, recuerda su familia cómo pasaba horas y horas en su casa, ya fuera de la jornada hospitalaria, en los momentos en que el cuerpo

reclama un bien merecido descanso, estudiando y diseñando con detalle la intervención quirúrgica que debía realizar el día siguiente.

Se equivocaría quien pensara, tras oír las palabras precedentes, que el Dr. Carlos Barcia vivió exclusivamente para la Medicina. Si fue fiel a su vocación médica, también lo fue a su vocación matrimonial y familiar. Contrajo matrimonio en 1969 con Matilde González, la que fuera su novia desde Madrid. ¿Qué es, sino fidelidad conyugal, 45 años de matrimonio, solo truncados por una muerte prematura? Pueden aplicarse aquí a la letra las palabras de la *laudatio Turiae* a la que varias veces he aludido:

«Rara sunt tam diuturna matrimonia, finita morte, non divertio interrupta: nam contigit nobis ut ad annum quadraginta unum sine offensa perduceretur»,

que se puede traducir:

«Raros son los matrimonios tan largos, acabados por la muerte, no rotos por el divorcio: pues así nos ocurrió a nosotros, que lo mantuvimos hasta 41 años sin agravios.»

¿Y qué es sino fidelidad el mantener, contra el viento y la marea de una absorbente dedicación profesional, el esfuerzo necesario para sacar adelante 7 hijos? Y se puede añadir para contribuir a sacar adelante 12 nietos, ya que todos los que tienen niños pequeños confían en la ayuda de los abuelos, especialmente cuando estos se jubilan, cosa que le ocurrió a Carlos, por imperativo de la edad, hace 4 años.

Algo más hay en la vida de Carlos Barcia que no quisiera dejar de señalar. El Prof. Laín Entralgo, que, por cierto, fue discípulo del Prof. Barcia Goyanes y juntos hubieron de escapar apresuradamente de Santander cuando les sorprendió allí la guerra civil, decía en una memorable ocasión que alguna vez se ha recordado en este foro:

«Para definir concisa y canónicamente la condición del técnico, los antiguos solían valerse de una fórmula tópica, consistente en hacer de la expresión *vir bonus* el género próximo de la definición. El orador sería *vir bonus dicendi peritus*; el médico, *vir bonus*

medendi peritus, y así los demás (...) La fórmula es bien plausible, porque exige que la bondad del hombre sirva de plinto a la pericia del experto».

Carlos fue un *vir bonus* en el sentido más estricto de la expresión, y eso le permitió ser *medendi peritus*. Una bondad que, según todos sus amigos y compañeros reconocen, estaba profundamente relacionada con su vida cristiana. Para Carlos, que, citando otra vez el obituario de la Sociedad Española de Neurocirugía «fue siempre un hombre coherente y se mantuvo fiel a su fe, a sus pacientes y a su familia», su vocación cristiana, su vocación médica y su vocación familiar no eran tres cosas yuxtapuestas: formaban parte de una misma realidad.

Cuando el Dr. Carlos Barcia ingresó en esta Academia el 15 de enero de 2008, su discurso de ingreso se tituló “Cerebro, inteligencia y evolución”. En un momento del mismo salía a relucir otra de sus aficiones, la música, y decía:

«La mente humana se parece a una gran orquesta filarmónica. Imagínense la sala del Palau llena. Salen los músicos; se distribuyen según un esquema ya convenido: a la izquierda, en primer plano los violines, más allá las violas, a la derecha los chelos y contrabajos; enfrente los instrumentos de viento: fagots, clarinetes, trompas, cornos etc. al fondo los instrumentos de percusión: timbales, tambores, triángulo, platillos. Acaso un soberbio piano en el centro del escenario.

»Pronto empiezan a sonar los diversos instrumentos, cada uno a su aire, emitiendo sonidos, partes de alguna pieza conocida, escalas, arpeggios, afinaciones a la búsqueda de la nota del concertino.

»Aparece la figura del director, se produce un gran silencio y,... de pronto, a su gesto, surge en el ambiente la música acorde, espléndida, deleitosa; pero cuál ha sido el misterio, el nexo entre el director y aquella orquesta que hace unos minutos parecía un caos: la partitura... el lenguaje.»

Para Carlos, la partitura que daba unidad a su vida era precisamente ese ser *vir bonus*, ese ser hombre de fe. Una partitura que interpretó magistralmente hasta el fin de sus días. Una partitura que le permitía seguir estudiando hasta pocos días antes de su muerte y que le llevó también a terminar, en los últimos días de su vida, un informe encargado por esta Real Academia de Medicina. A este respecto, el Dr. Gustavo Juan, neumólogo que le atendió en su última enfermedad, asocia a nuestro Carlos Barcia con Séneca, de quien se dice que, ya condenado a muerte por Nerón y sabiendo que le quedaban solo unos días de vida, fue sorprendido por uno de sus amigos estudiando. Y al preguntarle por qué estudiaba algo que no le iba a servir para nada, Séneca contestó que seguía haciendo lo que había hecho siempre.

La muerte forma parte de la condición humana, pero no todos la afrontan de la misma manera. Y, como Séneca, Carlos la afrontó como había vivido, con serenidad, manteniendo su fidelidad, totalmente abandonado en las manos del médico que le trataba, como sus pacientes se habían abandonado en las suyas. Cuando, sabiendo que su enfermedad no tenía solución, le hablaba el Dr. Juan acerca de algún aspecto del tratamiento, indefectiblemente contestaba: “hazlo como tú decidas” Y, así, leyendo hasta el final su partitura de *vir bonus* se encontró con la muerte en la noche del 7 de agosto. Los creyentes sabemos que para Carlos se inició entonces una nueva vida. Y a todos, que como somos humanos le echamos en falta, nos ha dejado un ejemplo extraordinario que queremos nos acompañe e ilumine siempre.

Cuando ingresó el Dr. Barcia Mariño en esta Corporación, fue el Ilmo. Sr. D. Enrique Amat Aguirre quien se encargó de pronunciar el discurso de contestación. En él, haciendo referencia a su tío, D. Juan José Barcia Goyanes, decía:

«Considero, querido Carlos, que tu misión en la Real Academia no va a ser meramente sucesoria sino que vas a aportarnos tu recia personalidad y tu sólida formación no sólo neuroquirúrgica (...) Vas a poner todo tu esfuerzo en no dejar en mal lugar su recuerdo ni el de tu primo Juan Luis, tus antecesores, en esta casa, a la que vas a

entrar, ¡a mucha honra! Y en la que nos ofrecerás ser tú mismo, nada menos»

Es ocioso señalar que las palabras del Dr. Amat fueron proféticas. Carlos no solo no ha dejado en mal lugar el recuerdo de su tío y de su primo, sino que ha enriquecido a nuestra Academia, siendo él mismo.

Debo terminar; quiero agradecer a todos cuantos han hecho posible esta *laudatio*. En primer lugar, al Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia, que me hizo el honor de encomendármela. También a los doctores Jerónimo Sancho, Vicente Joanes, Gustavo Juan y Juan Villaro, del Hospital General, que para ayudarme en la preparación de estas palabras han tenido la generosidad de dedicarme una parte de su tiempo, haciendo constar expresamente que hablar de Carlos Barcia no era perderlo. Gracias también a todos los presentes, en quienes desearía haber aumentado su afecto por Carlos. Y, personalmente, una mención muy especial a su familia, particularmente a ti, Matiti, con el afecto de quien conoció a Carlos incluso antes que vosotros.

Y, después de estos agradecimientos, pienso que la mejor manera de terminar es transcribir unos versos que escribió D. Juan José Barcia Goyanes en 1996:

«¿Y piensas, pobre viejo, que alguien querrá escucharte?

»—No lo sé, cual no lo sabe, al soltar sus vilanos

»el árbol, hacia donde volarán con el viento.

»Más caerá acaso alguno sobre la blanda tierra

»y la lluvia y el sol harán se trueque en árbol.—»

Ojalá todos seamos esa blanda tierra en que caiga la semilla que Carlos ha dejado con su vida y en todos nosotros llegue a trocarse en árbol.

He dicho.